

DOMINIO PROPIO: la clave para vencer en la batalla espiritual // Miguel Díez

La lucha espiritual y el desafío del dominio propio

La vida espiritual diaria se presenta como una batalla constante donde el dominio propio se convierte en un pilar indispensable. Sin embargo, es frecuente perderlo cuando la mente y los sentimientos no están bajo control. Esta falta de vigilancia permite que los pensamientos se desvíen hacia la tentación, debilitando la capacidad de resistir el mal. En la medida en que la persona cede a impulsos emocionales o deseos desordenados, se aleja de la virtud divina del autocontrol. Por eso, la lucha implica mantener en guardia la mente y el corazón, recordando que sin dominio propio es fácil caer, incluso sin darse cuenta, en actitudes y acciones que entristecen al Espíritu y abren espacio al pecado.

Condenar el pecado, no a las personas

Cuando el dominio propio se pierde, surge un error muy común: condenar a las personas en lugar de condenar la injusticia y la perversión. Esto provoca juicios severos, críticas destructivas y actitudes que hieren a quienes están alrededor. El control sobre la lengua, el cuerpo y los sentimientos se debilita, y la persona termina actuando contrariamente a la voluntad de Dios. La lucha espiritual verdaderamente madura distingue entre el pecado –que debe rechazarse– y el pecador –a quien se le debe mostrar compasión. La falta de esta distinción lleva a conflictos, divisiones y heridas innecesarias, alejando al creyente del camino de la misericordia que Dios demanda.

La misericordia y la justicia en la vida espiritual

La enseñanza subraya que no se debe reaccionar impulsivamente, como un toro que entra al trapo. En cambio, la justicia debe buscarse desde un corazón guiado por el amor y la misericordia. Esto implica corregir el mal sin caer en la dureza ni en la violencia emocional. La verdad debe ser proclamada, pero desde la compasión hacia los pecadores, reconociendo que todos necesitan gracia. Dios es quien transforma, quien convierte las “serpientes en palomas”, y quien puede guiar a cualquiera fuera de la oscuridad. Por eso, la misión del creyente consiste en mantenerse firme, cuidándose de no caer él mismo en las trampas de la perversión mientras intercede por quienes están extraviados.

El cuerpo como templo del Espíritu Santo

La palabra de Dios enseña que todas las cosas pueden ser lícitas, pero no todas convienen. Esto nos recuerda que la libertad sin control puede llevar a la esclavitud. El cuerpo no es un instrumento para el pecado, sino para el Señor, quien lo ha redimido y lo reclama para Su gloria. El creyente está llamado a vivir con nobleza, compartiendo el señorío con el Señor y la realeza con el Rey. Por eso, se recalca que el cuerpo es templo del Espíritu Santo y que pecar contra él implica deshonorar el sacrificio con el cual fue comprado. Honrar a Dios en cuerpo y espíritu es parte esencial del dominio propio y de la vida espiritual madura.

El control del vientre y la lengua

El dominio propio comienza por aspectos aparentemente simples, como el control del vientre. El texto insiste en que el apetito puede convertirse en un tirano cuando no se regula, especialmente en un mundo saturado de tentaciones alimenticias y hábitos dañinos, como el exceso de azúcar o el alcohol. Sin

embargo, también es crucial controlar la lengua. Con ella se puede bendecir o maldecir, edificar o destruir. La falta de dominio sobre las palabras produce heridas, divisiones y conflictos. Santiago enseña que la lengua es como un pequeño fuego que puede incendiar un bosque entero, y el creyente debe librar una lucha diaria para que sus palabras estén bajo la dirección del Espíritu.

La fornicación y sus consecuencias espirituales

La fornicación aparece como uno de los males más devastadores. Se describe como una pandemia espiritual intensificada por la pornografía, que atrapa corazones en secreto y destruye vidas desde adentro. Cuando alguien cae en este pecado, su cuerpo, mente y espíritu se contaminan. Además, sus efectos se extienden a la familia, generando dolor, frustración y heridas profundas. La fornicación puede llevar incluso a enfermedades físicas, psíquicas y espirituales, y es considerada un pecado que provoca gran ofensa a Dios. Por eso, se subraya la urgencia de reconocer su gravedad y buscar el perdón divino, pues solo Dios puede limpiar y restaurar lo que la inmundicia ha dañado.

El impacto de la fornicación en la familia y la sociedad

El texto ofrece ejemplos concretos para ilustrar la gravedad de la fornicación. Uno de ellos es el de las parejas que viven juntas sin estar casadas, lo que se presenta como una situación de confusión y mentira. Este tipo de uniones, llamadas amancebamientos, generan desorden espiritual y emocional. Asimismo, se menciona el caso del esposo que cae en adulterio y regresa a casa contaminando a su propia esposa sin que ella lo sepa, mostrando cómo el pecado sexual no afecta solo al individuo, sino también al entorno familiar. Tales ejemplos revelan cómo la inmoralidad sexual puede pervertir la

intención original de Dios para la vida y destruir la paz del hogar.

La redención y el perdón en la lucha contra el pecado

A pesar de la gravedad de la fornicación, se afirma que Dios puede y quiere perdonar. Aunque existe un pecado que Dios no perdona –mencionado sin ser especificado– la misericordia divina está disponible para quienes se arrepienten de verdad. El Espíritu Santo puede retirarse de una persona cuando hay inmundicia sexual, pero también puede volver si el arrepentimiento es genuino, acompañado de vergüenza por el pecado y un deseo sincero de cambio. Dios en Su misericordia restaura lo que ha sido contaminado, dejando claro que no hay cadena tan fuerte que Él no pueda romper si el corazón se rinde completamente.

El amor al dinero y sus consecuencias

El texto relaciona la pérdida del dominio propio con el amor al dinero, descrito como raíz de todos los males. El dinero se convierte en un medio para alimentar vicios y placeres que esclavizan al alma. Cuando el corazón se apega al dinero, la persona sufre múltiples dolores: pérdida de integridad, de nobleza, de respeto propio y familiar. Finalmente, la obsesión por el dinero termina destruyendo relaciones, valores y dignidad. La advertencia es clara: cuando el dinero domina el corazón, se pierde la gracia y la libertad espiritual.

El dominio propio sobre los ojos y la mente

Los ojos requieren un dominio propio constante, pues “nunca se sacian”. La tentación entra por la vista, y lo que los ojos contemplan, la mente comienza a procesarlo, hasta que el corazón lo desea. Esto puede llevar a sueños impuros, pasiones

y deseos pecaminosos. Por eso, el texto exhorta a cerrar los ojos inmediatamente ante lo que mancha, cambiar de canal o apagar lo que induce al mal. Jesús enseñó que el ojo es la lámpara del cuerpo y que, si el ojo se ensucia, todo el cuerpo se oscurece. Proverbios también exhorta a mirar lo recto y no volver la vista hacia atrás como la mujer de Lot, cuya mirada reveló el pecado que aún llevaba dentro.

El control de los oídos y la lucha contra la vanidad

El dominio propio no está limitado a lo que se ve; también implica controlar lo que se escucha. Las alabanzas y reconocimientos pueden inflar el orgullo, y el orgullo destruye más que muchas tentaciones visibles. Los oídos deben filtrar lo que escuchan: no aceptar calumnias, mentiras ni halagos que desvíen del camino de la humildad. Escuchar solo una versión de los hechos conduce a confusiones y decisiones injustas; por eso Dios nos dio dos oídos, para oír más y reaccionar menos. Quien oye sin discernir puede contaminar a toda una congregación, provocando división en lugar de multiplicación.

La lengua como instrumento de perversidad y verdad

La lengua puede convertirse en un instrumento de perversidad si no se gobierna. Antes de hablar, es necesario pensar si lo que se va a decir edifica o destruye, si es verdad o si nace de emociones descontroladas. La Biblia enseña a apartarse de la perversidad de los labios y a reconocer los propios errores con humildad. Cuando el corazón tiene respeto por Dios, por el prójimo y por uno mismo, se aprende a pedir perdón rápidamente y a corregir las faltas verbales. El Salmo 15 describe al justo como aquel que anda en integridad, hace justicia y habla verdad en su corazón, sin calumniar ni admitir reproche alguno. Quien vive así, afirma el texto, “no resbalará jamás”.

Las falsas doctrinas y la destrucción del planeta

El escrito también advierte sobre el peligro de aceptar filosofías que mezclan bien y mal, comparándolas con la doctrina babilónica del doble ánimo. Se afirma que el planeta no está siendo destruido por la naturaleza, sino por el hombre, y que ciertas enseñanzas sobre la naturaleza como “ser” o “diosa” buscan manipular la mente y alejar al ser humano del Creador. La repetición de ideas como la evolución o la adoración a la naturaleza es presentada como un engaño diseñado para apartar a las personas de la verdad de Dios. Frente a ello, el dominio propio se manifiesta en no dejarse seducir por doctrinas erróneas.

El dominio propio como virtud espiritual esencial

El cambio climático y los eventos naturales se presentan como bajo el control de Dios, el creador del clima y de la creación. El diluvio se cita como ejemplo de ello. En este contexto, el dominio propio se entiende como una virtud fundamental que permite mantenerse firme en la fe, resistir la manipulación y evitar caer en pecados como la fornicación, el adulterio y la perversión. El corazón debe guardarse con diligencia, como enseña Proverbios 4:23, pues de él mana la vida y también brotan codicias y malos pensamientos si no se vigila.

La importancia de avivar el don de Dios y testificar

Para mantener el dominio propio, se exhorta a avivar el fuego del don de Dios, tal como lo menciona 2 Timoteo 1:6–8. No se debe tener vergüenza de dar testimonio de Cristo ni de participar en las aflicciones del evangelio. Dios ha dado

valentía y dominio propio para que el creyente pueda dominar su corazón y caminar con firmeza. Además, se anima a los creyentes a escribir testimonios sencillos de agradecimiento por la obra que Dios ha hecho en sus vidas, especialmente cuando el ministerio está siendo atacado.

La oración y la petición de dominio propio

El artículo concluye con una invitación a la oración. Se anima a pedir perdón al Señor por todas las veces que se ha perdido el dominio propio: con los ojos, los oídos, la lengua, la comida o la bebida. También se solicita a Dios limpieza y formación en esta virtud, así como firmeza para no desviarse de Su voluntad. El creyente reconoce que por sí mismo no puede tener dominio propio, pero que el Señor sí puede darlo y fortalecerlo con su Espíritu. Finalmente, se invita a recibir este don en el nombre de Jesús, pidiendo victoria sobre el pecado y la gracia para no caer nuevamente en la vergüenza de perder el señorío que Dios ha dado por amor.